

JORGE ASÍS

LA CALLE DE LOS
CABALLOS MUERTOS

Canguros insert

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

ÍNDICE

Primera parte

Guerra a los plateístas 11

Segunda parte

La hora de los Aladinos 99

Epílogo

Final del juego viejo 183

Primero trabajábamos nada más que los domingos. Porque, mezclándose exclusivamente entre la hinchada de Boca, se las rebuscaban. En realidad, más que rebuscárselas, ganaban, sacábamos para vivir sin tantos cálculos, y hasta tomábamos taxis, sabe, Zalim. Asaltaban, a menudo, a los taxistas, como de pasada, era un rebote, apenas el Gato ordenaba “doble por Montevideo hasta el fondo” para mí que los tipos ya sospechaban que se las iban a dar. Temblaban, después de todo era placentero verlos temblar entonces, a veces no les robábamos tan solo para divertirnos. O no les pagaban el trayecto; por ejemplo una noche, a un taxista viejo y cansado, el Ramón le dijo:

—Te felicito —y lo palmeó—, te salvaste la vida. Ahora, sin darte vuelta, rajá.

Sacaban, claro, para macharse; cada botella con vino menos común, yo casi no tomaba, créame, al Sandro no le gustaba el vino, me cayó siempre mal, tomaba coca. Sacábamos para derrochar, con inconsciencia y candor, generosos billetes en pizzerías lúgubres o resplandecientes, donde, por si no bastara, por prepotencia, muchas veces no pagaban. O por habilidad no pagaban, comían y escapábamos. Sacaban, también, para puntuales regalos a milongueritas calientes, algo altivas, tiernas, bobaliconas, en general provincianas bravas que trabajaban de sirvientas en el centro, o de putas, en cualquier andén o piringundín. Primas pardas y amigas pardas de las primas, solía llevarlas la Liliana, la camorrera, la machona, yo no la quería, la Natividad que la odiaba la llamaba La Sinculo. Ay, Zalim, las pendejas que se bajó esa turra, la Liliana tenía tal vez la lengua más sabia del sur, las potras la seguían mucho más que a mí, tampoco supe más

nada de ella, ni quiero saberlo. Vecinitas trampas de Cadorna al fondo, más allá del Camino General Belgrano, hacia Monte Chingolo, usted conoce; o de la Santa María, ahí nomás, pasando el puente, o primitas de La Cañada, de Zapiola para allá, hacia la 12 de Octubre o el infierno. ¿Se conoce todas las zonas, Zalim? Seré curioso, ¿adónde no fue a vender usted? En el infierno también golpeó, me consta, recuerdo haberlo atendido. A mi tío Urpiano le vendió, le hizo un retrato de matrimonio, mi tío en colores al lado de la colectivera, me acuerdo de su socio, el rubio, cuando venía a cobrar... Mire, no puedo asegurarlo, pero para mí que el rubio ése le medía el aceite a mi tía la colectivera, ja ja. A mí, ¿se acuerda?, usted no me quiso vender, porque era soltero, me dijo, y que su compañía no otorgaba crédito a los solteros me dijo. Se lo digo ahora: fue un gil. ¿Un canguro?, no entiendo muy bien eso de canguros, pero si usted lo dice. Fue un canguro porque, aunque fuera soltero, le habría pagado, en aquel entonces yo tenía más plata que todos mis tíos casados juntos. Ahora ¿tiene ganas de engancharme? ja ja. Me casé, tengo trabajo fijo, soy propietario. Yo quería que usted me hiciera un cuadro en aquella época en que tanto me parecía a Sandro. Y usted dijo que no podía, ¿qué había dicho?, ah, que los solteros hoy están acá y que mañana no se sabe. Ja ja, en el fondo usted tenía razón: ¿cómo me iba a encontrar en Maschwitz para cobrarme las cuotas? De casualidad, como me encontró.

Dispuestos, a saco, entonces se iban a la cancha. Los tres primos se sumaban, si podían copaban algo, coreábamos contagiosamente dale Bó, con ganas, con fuerza, sobre todo con amor. Y era un espectáculo magistral cuando Boca Juniors jugaba de visitante, por ejemplo en la de River, en el Monumental matábamos, odiábamos a los millonarios, era una cuestión de piel, el enemigo natural, las pasábamos por encima a las gallinas, humillaban. O en cualquiera de las dos de La Plata, o en

las, aunque le parezca mentira, tan tiernitas de Avellana, blandengues eran, puro ímpetu los de Independiente, los rojos fueron siempre mucho blablá, la saben en teoría. Son conocedores de frases y de modales, como dicen en el tango *As de cartón*; Segovia, el batilio, siempre lo cantaba para provocarlo a mi primo, al Ramón. Usted los aprieta un poco a los rojos y se van al mazo, ellos difícilmente vayan al frente, hablan del frente en los partidos pero cuando llega el momento se borran, hacen un frentecito por ahí, nos tiran piedritas, lo que nos envidian es la hinchada, ¿me capta?, se nos ponen paternales, está bien que durante muchos años Independiente lo haya tenido de hijo a Boca pero no es para tanto. Y ni mencionar el pesado ambiente que se armaba cuando a Boca le tocaba jugar en los estadios que el Ramón, después, denominaría papas; es decir, canchas peras, servidas, bocadillos tan extremadamente fáciles como los taxistas, terrenos virtualmente entregados donde los trabajos se convertían, de por sí, en meros pasatiempos infantiles. Canchas de desempeño cómodo, como por ejemplo, la de Ferro, o la de Atlanta, pequeños plateístas; o, aunque crea que exagero, la de Vélez, sí, aunque ahí tallen fuerte el Charly Serrano, ese urso, y el pesado Joe Louis Fausto. ¿Usted nunca los vio pegar al Charly y al Joe Louis?, es preferible que lo aplaste un Río de la Plata. Había que llegar o abandonar los estadios preferiblemente en trenes, con trayectos cortitos que facilitaban la intensidad apabullante de la acción, sobre todo la fugacidad impune de la desaparición. La papita de Ferro, de Caballito a Miserere, había que hacer el desastre en doce minutos de tren, completarlo después para salvarse en la estación terminal del Once. Por eso, Zalim, existían mayores posibilidades en la de Vélez, de Liniers a Miserere había más minutos de tren, menos apuro, aunque la de Ferro, como la de Atlanta, ofrecían también otra variante, la ventaja del subterráneo, se podía elegir, había que reventar en los vagones desde Primera Junta, o Dorrego,

uno por estación, había que rotar, créame que era duro, ninguna pera. No me lo diga, ya lo sé, usted me vio una vez arrebatando en el subte, usted iba con un flaco de bigotes, sabe que yo también lo vi y que me hice el oso. Valoré tanto que no me lo comentara nunca, que se lo haya guardado, que no me vendiera en la villa... Si eran todos clientes suyos ahí, si lo habrán clavado. ¿Cuántos cuadros vendió, Zalim?, ¿queda algún niño o muerto que usted no haya retratado?... Le agradezco el silencio, me vio pegando y robando y se calló, ¿cómo no le voy a mandar a hacer un cuadro ahora? Póngase cómodo, Zalim, total ya se ganó el día, y muy pronto se largará a llover, está feo para seguir golpeando. ¿Se fijó? es una tarde ideal para coger o para charlar. Minas no hay, trollos no somos, entonces charlemos.

La de Vélez, sí, era la predilecta. Porque les encantaba desempeñarse en los trenes, cambiar de vagón sin tener que pisar el andén, como en el peligroso subterráneo; les apasionaban los trenes. Y si no paraban en las estaciones intermedias, como Floresta o Villa Luro, mejor; porque la gente, amontonada, aterrorizada, igual que ellos no podía huir. Eran simpatizantes inocentes a los que les costaba admitir que el fútbol se hubiera convertido, también, en una guerra; ellos, los incautos, los desprevenidos, comentaban, porque sí, la matemática precisión de tal pase de Potente. ¿Se acuerda del Patota Potente?, el desgraciado jugaba cuando quería, un desperdicio era, como el Beto Menéndez, otros geniales, artistas eran. O comentaban el cabezazo de Nicolao que Marín le había sacado al córner, con una mano, voló de una punta a la otra, yo la vi adentro; o del tiro libre de Ponce, un chanfle de alta calidad que pegó en el vértice exacto del poste y del travesaño, picó después en la raya, y Marín, que estaba caído, encontró la pelota como si fuera un obsequio de Dios o de la lluvia. Como si no hubiera guerra hablaban, al lado de sus niños, de interlocutores circunstanciales unidos transitoriamente por la conmovedora grandeza de un

club, por la casualidad furtiva de un retorno que ni imaginaban que podía ser límite, trágico, último. Había, ante todo, mezclados, una colección formidable de mamertos escasamente precavidos, que volvían despreocupados como si aquí ocurrieran venturas de paz, cualquier día, ja ja; como si la violencia, infinita y de celuloide, inexorablemente ajena, sangre de otros, remitiera apenas a los balazos de utilería traducidos del inglés, al Hollywood en castellano, y no tuviera un pepino que ver con nuestra elemental pachorra, con el país de las mejores minas y los más bellos bifés. Los equivocados procedían, quizás, desde Moreno, o Merlo, de alguna quinta con rabanitos y flores amarillas, hortensias de Paso del Rey, o de algún lotecito lejano, múltiple, transparente, en el que edificaban con abnegación, durante los domingos, con la esperanza vaporosa de huir del torbellino hostil del inquilinato, del atroz padecimiento de la villa fiscal, promiscua, ¿eterna?, con problemas mínimos de pobres. ¿Habrán siempre pobres aquí también?, seamos lo suficientemente cínicos e hijos de puta como para responder que sí, qué se le va a hacer, se trata de razas menores.

A veces me acuerdo, y es como una culpa, sabe. Siempre, Zalim, le juro, me sentí a gusto en los trenes; de pibe, en Tucumán, el Sandro los saludaba, con el brazo y la mano alta, como un chango gil. Antes de que nos largáramos a arrebatar, cuando todavía iban a la cancha a ponerse, el Sandro miraba, adentro, todo el tren. Venían con las ventanillas abiertas en el verano, fumaban y reían, había tipos que de cualquier pensamiento se reían. Yo los miraba y me tentaba, se reía probablemente con ellos aunque no supiera de qué, una tarde dos tipos se dieron cuenta que yo me reía con ellos de colado y entonces se pusieron a reír de mí, se burlaban. El Gato, con contundencia, los puteó, poco faltó para que se armara el gran desbole. O se miraban, Zalim, las parejitas sobre todo, por las mías yo trataba de adivinarles el pensamiento, porque el Sandro pensaba en lo lindo que sería